

público está amenazado, debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la rebelión y no apoyarse en la rebelión para derribar la justicia.

FAL. (*Con altanería.*) Cualquiera que sea vuestra opinión en el particular, debo recordaros, señores, que estamos en un país donde nadie puede usar semejante lenguaje con el gobierno; os aconsejo que empleéis vuestro ascendiente sobre el pueblo en exhortarle á la sumisión; de otra suerte, que no culpe á nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir. Esta noche han entrado tropas en la capital; la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene orden de repeler la fuerza con la fuerza; y, para probar á todos que nada puede intimidarnos, Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde á quien habíamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesión de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado á muerte, y su sentencia es lo que firmo. (*A Rantzau.*) Conde de Rantzau, sólo falta vuestra firma.

RANT. (*Fríamente.*) No la daré.

TODOS. ¿Cómo?

FAL. ¿Por qué?

RANT. Porque la sentencia me parece injusta, así como la determinación de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

FAL. ¡Señor conde!

RANT. Esa es al menos mi opinión; desapruébo todas esas medidas; están en contradicción con mi conciencia; no firmaré.

FAL. Pero eso debíerais haberlo dicho en el consejo.

RANT. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

GEL. En esos casos, señor conde, da uno su dimisión.

RANT. Ayer me era imposible; estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone, puedo retirarme sin bajeza; y en cuanto á esa dimisión que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia...

FAL. Daré cuenta á la regencia, que la admitirá.

GEL. La aceptaremos.

FAL. Señores, me parece que habréis entendido... podéis retiraros.

PRES. (*A Rantzau.*) No esperábamos menos de vos, señor conde; os damos las gracias en

nombre de la patria. (*Vase con los consejeros.*)

FAL. Voy á dar cuenta á Estruansé de una conducta tan inesperada.

RANT. Pero tan de vuestro gusto.

FAL. (*Saliendo.*) ¿Venís conmigo, Geler?

GEL. Ahora mismo. (*Acercándose á Rantzau con aire bufón.*) Quisiera antes...

RANT. ¿Darme las gracias?... No hay de qué... ¡ya sois ministro!

GEL. De todos modos lo hubiera sido. (*Enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Había tomado mis medidas. (*Estregándose las manos.*) ¿No os dije que os derribaría?

RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto. Señor barón, no quiero entreteneros; ¡daos prisa, ministro de un día!

GEL. (*Sonriéndose.*) ¿Ministro de un día?

RANT. ¿Quién sabe?... puede ser que dure menos todavía. Por lo mismo sentiría mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

GEL. ¡Sea! (*¡Magnífico! ya están todos aterrados y confundidos.*) (*Saluda á la reina y vase.*)

#### ESCENA VI

LA REINA, asombrada; RANTZAU

RANT. (*¡Ah! ¡Ah!* Mis amados colegas estaban decididos á destituirme; los he ganado por la mano, y ahora veremos.)

REINA. No vuelvo en mí de mi asombro. ¡Vos, Rantzau, dar vuestra dimisión!

RANT. ¿Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

REINA. Pero os perdéis.

RANT. No, señora; es gran cosa una dimisión oportuna. (*Es un anzuelo.*) (*Alto.*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de estado, que me creía al abrigo de toda sensación, me siento inclinado á ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado... y, sobre todo, sus proceder para con Vuestra Majestad han acabado de decidirme.

REINA. ¡Atreverse á arrestarme en palacio!

RANT. Si no fuese más que eso...

REINA. ¿Cómo? ¿tienen otros proyectos? ¿los sabéis?

RANT. Sí, señora; y, ahora que ya no soy miembro del consejo, mi amistad puede revelaroslos. Eduardo no es el único preso. Otros

dos agentes subalternos... Hermán y Gustavo...

REINA. ¡Dios mío!... han descubierto... ¡ese pobre Koller estará comprometido!

RANT. No, señora; ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

REINA. ¡No es posible!

RANT. La prueba... es que tiene ahora más favor que nunca... que le han confiado la guardia de palacio; y cuando yo os decía ayer: «No os fiéis de él, que os venderá...»

REINA. ¿De quién podrá uno fiarse, Dios mío?

RANT. ¡De nadie!... algún día adquiriréis esa triste experiencia. Con pretexto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, están resueltos á encerraros en un castillo para toda vuestra vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargo de ejecutar esa orden... ¿qué digo? el que lo ha solicitado... es Koller.

REINA. ¡Qué horror!

RANT. Debe venir aquí al anochecer.

REINA. ¡Koller!... semejante ingratitud... ¿y sabéis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas?

RANT. (*Sonriéndose.*) ¿Sí, eh? ahora comprendo por qué tenía tanto interés en encargarse de vuestro arresto; quería sorprender vuestros papeles, y no remitir al consejo sino los que le pareciesen convenientes.

REINA. (*Que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta á Rantzau.*) Tomad... tomad... si sucumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

RANT. (*Cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriguera.*) ¿Y qué haríais, señora, con la cabeza de Koller? Aquí no se trata de vengarse, sino de triunfar.

REINA. ¿Triunfar? y ¿cómo? Todos mis amigos me abandonan, excepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

RANT. ¡Yo, señora!

REINA. (*Con viveza.*) En fin, ¿creéis que logre sublevar al pueblo?

RANT. El solo, no, señora.

REINA. Pues ayer bien lo conseguí.

RANT. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida; está en guardia; ha tomado sus medidas; por otra parte, ese Berton es incapaz de obrar por sí solo; es un instrumento, una máquina, una palan-

ca; dirigida por un brazo hábil y poderoso puede hacer grandes servicios, pero siempre que él mismo ignore para quién y cómo... si raciocina, si se mete á comprender, ya no sirve para nada.

REINA. ¿Qué puedo hacer entonces?... Rodeada de enemigos y de lazos, sin auxilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir. La condesa triunfa... y mi causa es una causa perdida.

RANT. (*Fríamente.*) Os equivocáis; nunca ha estado más ganada.

REINA. ¿Qué decís?

RANT. Ayer nada se podía hacer, porque no teníais de vuestra parte más que un puñado de intrigantes, y conspirábais sin objeto y á la buena ventura. Hoy tenéis en vuestro favor la opinión pública, los magistrados, todo el país, á quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos le defendéis, y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se ve despojado de su autoridad; vos y Eduardo Burkenstaf estáis condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento... á Dios gracias; es una ventaja de que es preciso aprovecharse.

REINA. ¿Pero de qué manera? el pueblo no puede ayudarme.

RANT. No hagáis cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

REINA. Y si mañana Estruansé me ha de prender, ¿cómo impedirselo?

RANT. (*Sonriéndose.*) Prendiéndole á él esta noche.

REINA. (*Asombrada.*) ¡Os atrevírais!

RANT. (*Fríamente.*) No se trata aquí de mí, sino de Vuestra Majestad.

REINA. ¿Qué queréis decir?

RANT. En primer lugar, ¿estáis bien persuadida, como lo estoy yo, de que en las circunstancias presentes no os queda más esperanza, ni otra alternativa, que la regencia ó una prisión perpetua?

REINA. Lo creo firmemente.

RANT. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso sería temeridad viene á ser en éste prudencia. (*Con calma y señalando la puerta de la izquierda.*) ¿Esta puerta no da al cuarto del rey?

REINA. Sí; acabo de verle: está solo, abando-

nado de todos: en el estado casi de la infancia.

RANT. Entonces, y puesto que podéis todavía entenderos con él, fácil os sería obtener...

REINA. ¿Quién lo duda?... ¿pero para qué? ¿de qué servirá la orden de un rey sin poder?

RANT. (A media voz, pero con energía.) Consigámosla, y después se verá.

REINA. ¿Y vos después os moveréis?

RANT. Yo no.

REINA. ¿Quién, pues?

RANT. (Deteniéndose.) Llaman.

REINA. (A media voz.) ¿Quién?

BERT. (De fuera.) Yo, Berton de Burkenstaf.

RANT. (A media voz.) Perfectamente: ese es el hombre que necesitáis para ejecutar vuestras órdenes, él y Koller.

REINA. ¿Koller?

RANT. No es necesario que me vea; hacédle esperar aquí un momento, y venid á buscarme.

REINA. ¿Adónde?

RANT. (A media voz.) ¡Allí!

REINA. ¡Ala antecámara del rey! (Rantzan sale.)



## ESCENA VII

BERTON, LA REINA

BERT. (Entrando misteriosamente.) Soy yo, señora, que no tengo nada que participar á Vuestra Majestad, y que vengo por lo mismo á consultar...

REINA. (Con viveza.) ¡Bien! ¡Bien! El cielo os envía. Esperad aquí y no salgáis: esperad las órdenes que voy á daros, y que deberéis ejecutar inmediatamente.

BERT. (Inclinándose.) Sí, señora. (La reina se entra por la izquierda.)

## ESCENA VIII

BERTON

No vendrá mal esto: sabré al menos lo que debo hacer; porque todo pesa sobre mí, y no sé á qué atenerme. «Nuestro amo, ¿dónde hemos de ir?... nuestro amo, ¿qué hemos de decir? nuestro amo, ¿qué hemos de hacer?... — ¡Qué diablos sé yo! les respondo siempre... esperad... no se pierde nada en esperar... pueden ocurrir ideas... al paso que si uno se precipita...»

## ESCENA IX

JUAN, BERTON, MARTA

BERT. (A Juan y Marta que entran por la puerta de la izquierda.) ¿Qué hay?

JUAN. (Tristemente.) Esto va mal, ¡todo está tranquilo!

MAR. Las calles están desiertas, las tiendas cerradas: por más que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado ¡viva Burkenstaf! ¡nadie ha respondido!

BERT. ¡Nadie! ¡esto es inconcebible! ¡vea usted! ¡unas gentes que me adoraban ayer... que me llevaban en triunfo, y hoy permanecen en sus casas!

JUAN. ¿Y cómo diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

BERT. ¿De veras?

JUAN. Las puertas de nuestros talleres están custodiadas por piquetes de caballería.

BERT. ¡Dios mío!

MAR. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar la cabeza han sido presos al momento.

BERT. (Espantado.) Eso es otra cosa... Oídmelo, yo no sabía nada de eso. Yo le diré á la reina madre: «Señora, lo siento mucho, pero nadie está obligado á hacer imposibles, y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos á nuestras casas.»

MAR. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado, y, si en este momento te presentases, hay orden de prenderte, y acaso...

BERT. Pero eso es espantoso, es una arbitrariedad... una... ¿Y dónde nos esconderemos ahora?

MAR. ¿Escondernos? ¿Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?

BERT. ¿Es posible?

MAR. Tú lo has querido; tú nos has metido en esto; á tí te toca ver cómo nos sacas; es preciso moverse, hacer algo.

BERT. Eso quisiera yo... ¿pero cómo?

JUAN. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos están libres; esos no temen á nadie; y en dándoles oro...

MAR. Dices bien, oro, oro, todo el que tenemos; tenemos oro todavía; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.

BERT. Pero advierte...

MAR. ¿Dudas todavía?

BERT. No; no dudo precisamente; no digo que no... pero no digo tampoco que sí.

JUAN. ¿Pues entonces qué decís, nuestro amo?

BERT. Digo que es preciso esperar.

MAR. ¡Esperar! ¿Y quién os impide tomar un partido?

JUAN. Sois el jefe del pueblo.

BERT. (Encolerizado.) ¡Pues ya se ve! ¡voto va! ¿soy el jefe del pueblo? y nadie me dice una palabra; no se me comunica una orden... ¡esto es inconcebible!

## ESCENA X

Dichos, el UJIER

UJIER. (Dando un pliego á Burkenstaf.) Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la reina.

BERT. ¡De la reina! ¡ah, qué fortuna! (Al ujier, que se va.) Gracias, amigo, he aquí lo que esperaba para poner esto en movimiento.

MAR. y JUAN. ¿Qué es?

BERT. ¡Silencio! no os lo decía; pero estaba así concertado con la reina; teníamos acá nuestro plan.

MAR. Eso es otra cosa.

BERT. Veamos: en primer lugar... (Leyendo aparte.) («Mi querido Berton.» ¡Bravo! «Os confío, como á jefe del pueblo, esta orden del rey...» ¡Del rey! ¿es posible? «Vos mismo os encargaréis de que quede entregada.» ¡Por supuesto! ¡Vaya! «Hecho lo cual, y sin entrar en ningún detalle ni declaración, os retiraréis, saldréis del palacio, y os mantendréis oculto.» Se hará todo exactamente. «Y mañana al amanecer, si veis ondear el pabellón real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podáis disponer, gritando: ¡Viva el rey!» Ya está todo dicho. «Romped en el acto este billete.» (Rompiéndole.) (Ya está hecho.)

MAR. y JUAN. ¿Y bien? ¿qué hay?

BERT. ¡Silencio, mujer, silencio! los secretos de estado no os importan; básteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer. A ver... veamos... (Cogiendo el pliego cerrado.) «A Berton Burkenstaf, para entregar al general Koller.»

MAR. ¡Koller!

BERT. ¿Quién diablos es éste? ¡Ay! ya sé... uno de los nuestros, de quien nos hablaba la reina esta mañana... ¿no te acuerdas?

MAR. Es verdad.

BERT. Pronto lo recibirá. Por lo que á nosotros toca, debemos salir de aquí con el mayor secreto, y mantenernos escondidos toda la noche.

MAR. ¿Qué dices?

BERT. Silencio he dicho; es nuestro plan. (*A Juan.*) Tú, esta noche, reunirás á los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro, mucho oro; luego me lo pagarán en honores y dignidades... al amanecer vendréis todos á reuniros conmigo, y entonces...

MAR. ¿Se salvará de esa manera á nuestro hijo?

BERT. ¡Brava pregunta!... Sí, mujer, sí; de esa manera se salvará, y yo seré consejero, tendré un gran destino... gordo, gordo... y Juan también... otro más pequeño.

JUAN. ¿Cuál? ¿á ver?

BERT. Por el pronto yo te prometo algo... ¡Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y tengo tantas cosas en la cabeza! Cuando uno tiene que hacerlo todo... no sabe uno por dónde empezar. ¡Ah! lo primero es esta carta para el señor Koller. Venid conmigo; seguidme.

ESCENA XI

JUAN, MARTA, BERTON, KOLLER

KOLL. (*Viendo á Berton.*) ¿Qué veo? ¿qué hacéis aquí? ¿quién sois?

BERT. ¿Qué os importa? Estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de orden suya. ¿Y vos quién sois para interrogarme?

KOLL. El coronel Koller.

BERT. ¡Koller!... ¡Qué fortuna! Y yo soy Berton Burkenstaf, jefe del pueblo.

KOLL. ¿Y os atrevéis á poner los pies en este palacio después de dada la orden de vuestra prisión?

MAR. ¡Cielos!

BERT. Mujer, no tengas cuidado. (*A Koller á media voz.*) Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada... nos entendemos... sois de los nuestros.

KOLL. (*Con desprecio.*) ¡Yo!

BERT. (*A media voz.*) He aquí la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

KOLL. ¡Del rey! ¿Es posible?... ¿qué significa esto? (*Recorre la carta.*) ¡Cielos! ¡esta orden!

BERT. (*A su mujer.*) ¿Qué tal? ¿Le ha hecho efecto?

KOLL. ¡Cristiano! es de su puño... indudablemente... su firma... ¿Podréis explicarme, caballero, por qué casualidad...?

BERT. (*Gravemente.*) No entraré en ningún detalle ni aclaración: es la orden del rey; ya sabéis lo que tenéis que hacer, y yo también; me voy.

MAR. (*Deteniéndole.*) Berton, pero... ¿qué dice ese papel?

BERT. No te importa: no puedes saberlo. (*A su mujer y á Juan.*) Vamos.

JUAN. Tendré un destino... ¡oh! ¡y bueno! de lo contrario... os sigo, nuestro amo. (*Vanse por la izquierda, escalera secreta.*)

ESCENA XII

RANTZAU, que entra por la izquierda; KOLLER, en pie, pensativo, con la carta en la mano.

KOLL. ¡Dios mío! ¡El conde Rantzau!

RANT. Parece que el señor coronel está muy meditabundo.

KOLL. (*Llegando á él.*) Vuestra presencia, señor conde, me colma ahora más que nunca de placer, y podéis asegurar al consejo de regencia...

RANT. No soy del consejo ya; he dado mi dimisión.

KOLL. (*Asombrado.*) (Su dimisión!... ¡es decir, que el otro partido va de capa caída!) (*Alto.*) Tanto me sorprende eso como la orden que acabo de recibir.

RANT. ¿Una orden? ¿y de quién?

KOLL. (*A media voz.*) Del rey.

RANT. No es posible.

KOLL. Precisamente en el momento en que, cumpliendo con la orden del consejo, venía á prender á la reina madre, el rey, que tanto tiempo há no se metía en asuntos del gobierno ni en negocios de estado, el rey, que había depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda, á mí, Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma á Estruansé y á su mujer.

RANT. (*Friamente examinando el papel.*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano Cristiano VII, rey de Dinamarca.

KOLL. ¿Y qué os parece?

RANT. Eso iba yo á preguntaros: porque, al fin, la orden no se dirige á mí, sino á vos.

KOLL. (*Inquieto.*) Cierto; pero en la alternativa de haber de obedecer al rey ó al consejo de regencia, ¿qué haríais vos en mi lugar?

RANT. ¿Qué haría yo?... En primer lugar no pediría consejos á nadie.

KOLL. Obraríais; pero, ¿en qué sentido?

RANT. (*Friamente.*) Eso es cuenta vuestra... Como vuestro interés es el que os guía constantemente, meditadlo, calculadlo todo, y ved cuál de los dos partidos os ofrece más ventajas.

KOLL. ¡Señor conde!

RANT. Creo que eso es lo que me preguntáis, y yo empezaría por aconsejaros que leyeseis con detención el sobre de esa carta; dice, si no me engaño: «Al general Koller.»

KOLL. (¡Al general! Ese título que tantas veces me ha negado.) (*Alto.*) ¡Yo general!

RANT. (*Con dignidad.*) Nada más justo; un rey premia á los que le sirven, así como castiga á los que le desobedecen.

KOLL. (*Lentamente y mirándole.*) Para premiar y castigar es preciso tener poder: ¿lo tiene?

RANT. (*En el mismo tono.*) ¿Quién os ha entregado esa orden?

KOLL. Berton Burkenstaf, que se llama jefe del pueblo.

RANT. Eso podría probar que existe en el pueblo un partido dispuesto á pronunciarse, y con el cual podríais contar.

KOLL. (*Vivamente.*) ¿Vucencia puede asegurármelo?

RANT. (*Friamente.*) Nada tengo que deciros; vos no sois amigo mío. Yo no lo soy vuestro; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.

KOLL. Entiendo... (*Después de una pausa y acercándose á Rantzau.*) Como fiel vasallo, quisiera obedecer las órdenes del rey; en primer lugar es mi deber; pero, ¿y los medios de ejecución?...

RANT. (*Lentamente.*) Facilísimos: la guardia del palacio os está confiada; disponéis vos solo de los soldados...

KOLL. (*Vacilando.*) Sí; pero, ¿y si sale mal?

RANT. ¿Y bien? ¿qué puede suceder?

KOLL. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar ó fusilar.

RANT. (*Volviéndose con firmeza.*) ¿Eso es lo que os detiene?

KOLL. (*Idem.*) Eso.

RANT. (*Idem.*) ¿No tenéis ningún otro reparo?

KOLL. Ninguno.

RANT. En ese caso, tranquilizaos, de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

KOLL. ¿Qué queréis decir?

RANT. Que si mañana Estruansé es poderoso todavía, os hará prender y condenar en veinticuatro horas.

KOLL. ¿Con qué pretexto? ¿Por qué delito?

RANT. (*Enseñándole cartas, que vuelve á guardar inmediatamente.*) ¿No bastan estas cartas escritas por vos á la reina madre, estas cartas que encierran la primera idea del complot que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendíais?

KOLL. Señor conde, ¿queréis perderme?

RANT. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traición se conviertan en pruebas de fidelidad.

KOLL. ¿De qué manera?

RANT. Obedeciendo á vuestro soberano.

KOLL. (*Furioso.*) Pero en fin, ¿estáis por el rey? ¿Obráis en su nombre?

RANT. (*Con altanería.*) No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder, y vos estáis en el mío; cuando os oí ayer denunciar al consejo á unos desgraciados de quienes erais cómplice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí, al contrario, con mi silencio; me convenía así entonces; en el día ya no me conviene; y puesto que me habéis pedido consejos os quiero dar uno. (*Con tono importante y á media voz.*) Ejecutad las órdenes de vuestro rey: prended esta misma noche, en medio del baile que se dispone, á Estruansé y á la condesa, ó sino...

KOLL. (*En la mayor agitación.*) Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo; que sois uno de los jefes, y acepto.

RANT. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, ó el vuestro mañana. Mañana seréis general, ó fusilado; escoged. (*Da un paso para salir.*)

KOLL. (*Deteniéndole.*) ¡Señor conde!...

RANT. ¿Qué resolvéis, coronel?

KOLL. Obedeceré.

RANT. ¡Bien! (*Con intención.*) ¡Adiós, general!

(*Vase por la izquierda y Koller por el foro.*)